

Comprensión del ecumenismo a partir del decreto *Unitatis Redintegratio*, Yves Congar y Walter Kasper

Understanding ecumenism from the *Unitatis Redintegratio* decree, Yves Congar and Walter Kasper

[Artículo de investigación]

Ángela Patricia Cadavid Vélez¹
Jorge Henry Muñoz Hincapié²
Adrián Humberto Gálvez Salazar³

Recibido: 13/04/2023

Aceptado: 02/06/2023

Citar como:

Cadavid Vélez, Ángela P., Muñoz Hincapié, J. H., & Gálvez Salazar, A. H. (2023). Comprensión del ecumenismo a partir del decreto *Unitatis Redintegratio*, Yves Congar y Walter Kasper. *Revista Albertus Magnus*, 14(2), 48-71. <https://doi.org/10.15332/25005413.10408>



Resumen

El decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo en su interpretación por los cardenales Yves Congar y Walter Kasper, se constituye en una fuente de inspiración que busca la unidad de la Iglesia. Los grandes desafíos que tienen las iglesias se fundamenta en la comprensión de la unidad, el diálogo, la apertura y la participación en términos de igualdad y fraternidad. Sacerdotes, pastores,

¹ Universidad Católica de Pereira, Pereira, Colombia. Correo electrónico: angela.cadavid@ucp.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3812-9024>; CvLac: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0000877115

² Universidad Católica de Pereira, Pereira, Colombia. Correo electrónico: henry.munoz@ucp.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5109-3700>; CvLac: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0000680102

³ Universidad Católica de Pereira, Pereira, Colombia. Correo electrónico: adrian.galvez@ucp.edu.co; Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-1825-0097>; CvLac: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0009842827

líderes, laicos y todos aquellos que tienen a cargo alguna dirección deberán tener en cuenta que el compromiso para construir un camino pasa necesariamente por el despojarse de conceptos preconcebidos y asumir una actitud de escucha al otro en su verdad.

Palabras clave: ecumenismo, *Unitatis Redintegratio*, diálogo, unidad, iglesia.

Abstract

The decree *Unitatis Redintegratio* on ecumenism, as interpreted by Cardinals Yves Congar and Walter Kasper, serves as a source of inspiration aimed at seeking the unity of the Church. The major challenges faced by the churches are rooted in the understanding of unity, dialogue, openness, and participation in terms of equality and fraternity. Priests, pastors, leaders, laypeople, and all those responsible for any form of leadership must keep in mind that the commitment to building a path forward necessarily involves letting go of preconceived notions and adopting an attitude of listening to others in their truth.

Key words: ecumenism, *Unitatis Redintegratio*, dialogue, unity, church.

Introducción

Al considerar que, para la Iglesia, la unidad de los cristianos es tan significativa y su importancia nace en el corazón de la Trinidad, que es comunión, en palabras expresadas por Jesús cuando ora por sus discípulos: “para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17:21), se parte este escrito de la revisión del decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo, realizado en el Concilio Vaticano II, y de los aportes realizados por los cardenales Yves Congar y Walter Kasper, quienes han profundizado en este tema en particular.

Toda la Iglesia debe procurar alcanzar su unidad, la cual no es responsabilidad de una sola vertiente, sino que es necesario crear lazos que conduzcan a la reconciliación de todos los hermanos que creen en un Dios uno y trino y que, a la vez, confiesen que Jesucristo es su Señor y Salvador, reconociendo así que no es en las fuerzas del hombre, sino en la voluntad de un Dios quien desea que su grey permanezca en unidad, fortaleciendo su comunión, como lo expresó el Papa Benedicto XVI:

La obra del restablecimiento de la unidad, que requiere nuestra energía y nuestro esfuerzo, es en cualquier caso infinitamente superior a nuestras posibilidades. La unidad con Dios y con nuestros hermanos y hermanas es un don que viene de lo alto, que brota de la comunión de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y que en ella se incrementa y se perfecciona. (Homilía 25 de enero de 2008 (AAS 100 (2008) 67-71, aquí 68). citado por Molina, 2010, p. 409)

El sumo pontífice hace una invitación a cada uno de los creyentes de la Iglesia del Señor a dar sus mejores esfuerzos por construir un camino que conduzca a la hermandad y fraternidad al interior de esta, lo cual se conseguirá en la medida en que se acerquen al Creador en obediencia a su Palabra y siempre guiados por su Espíritu Santo.

A través de la historia, se puede observar la visible desunión que presenta la “Iglesia del Señor” y los esfuerzos que se han hecho para que haya un diálogo entre las diferentes denominaciones que profesan a un Dios trino, cuyo resultado no ha alcanzado las metas propuestas desde los inicios de los diálogos ecuménicos. El cardenal Kasper afirma que: “después de la primera fase más bien eufórica del movimiento ecuménico posterior al Concilio, en el último decenio hemos registrado signos de cansancio, desilusión y estancamiento. Algunos hablan incluso de crisis o de un nuevo invierno ecuménico” (Kasper, 2014).

Luego de unos primeros años de acercamiento fértil entre las partes, el movimiento ecuménico sufre tropiezos en su caminar; sin embargo, a pesar de estos, se continúan haciendo esfuerzos por proseguir con la labor de buscar la unidad de la Iglesia. A continuación, se hará una aproximación a las palabras consignadas en el decreto *Unitatis redintegratio* del Concilio Vaticano II acerca del diálogo ecuménico en la Iglesia.

Desde el decreto de la *Unitatis redintegratio*

Los diálogos que han tenido los cristianos para preservar la unidad del cuerpo de Cristo se han generado durante siglos, sin estar estos ausentes de conflictos y amenazas, cuya finalidad ha sido el restablecimiento de las relaciones y la comunión del cuerpo de Cristo.

Es así que el diálogo ecuménico, como se conoce hoy, tiene sus inicios en el siglo XX, de una manera más formal durante la Conferencia Misionera Mundial que se realizó en Edimburgo en 1910, dando un punto de partida al diálogo entre las diferentes congregaciones, donde la oración desempeña un rol determinante en su trasfondo. Dicha asamblea generó un ecumenismo mejor estructurado y organizado con el inicio de dos comisiones: la “Fe y Constitución” y “Fe y Vida” (Kasper, 2014).

En años posteriores, se fueron fomentando diferentes diálogos con respecto a la unidad de la Iglesia. Es a partir del Sacrosanto Concilio Vaticano II que se crean puentes más sólidos que generaron un acercamiento a las diferentes comuniones cristianas en busca de restaurar los lazos de hermandad. Es por esto que su anhelo es promover la unidad, al comprender que el Señor Jesucristo fundó una sola grey.

En el seno de este Concilio hace su aparición el decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo, cuyo interés es impulsar la restauración de la unidad del pueblo de Dios, donde participan los que invocan al Dios Trino y confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador, que es la piedra angular de la Iglesia. Son muchos los creyentes que caminan por sendas diferentes y afirman que su comunidad es la única y verdadera, generando así el surgimiento de muchas denominaciones, como si Cristo estuviera fragmentado, lo que provoca que la predicación del evangelio encuentre tropiezos en su accionar en el mundo.

Se refiere también este documento a que cuando Dios Padre, en su infinito amor, envía a su unigénito Hijo Jesucristo para que nazca de una virgen y muera en una cruz, lo hace para reconciliar al mundo consigo mismo, al regenerar y redimir todo el género humano, formando de esta manera un solo cuerpo. Es por esto que el Señor Jesucristo, cuando se acerca la hora de su oblación, oró al Padre por sus discípulos, diciendo: “Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que Tú me has enviado” (Pablo VI, 2010, p. 2) (Jn. 17:21), anhelando en su corazón la unidad de su Iglesia e inculcando en ellos el amor fraterno.

De la misma manera, en obediencia a las palabras dadas por Jesús a sus discípulos, el apóstol Pablo, en una de sus cartas, exhorta diciendo: “Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef. 4:4-6).

En otra de sus epístolas, de igual manera afirma: “todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo... ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Ga. 3:27-28). Por consiguiente, es el deseo de Jesús la comunión en la unidad de su rebaño, caminando juntos como la familia de fe, guiada por el mismo Espíritu Santo en el anuncio del evangelio a todas las naciones de la tierra.

Este decreto reconoce las diferencias presentadas con las comunidades emanadas de la Reforma y la iglesia de Oriente, cuya posición generó discrepancias doctrinales, disciplinarias y en lo relativo a su estructura. Tal accionar obstaculiza la comunión eclesial, aunque la Iglesia reconoce que, en su marcha, las comunidades cristianas no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, donde obra también el Espíritu de Dios en virtud de la plenitud de la gracia y la verdad confiada a la misma. Razón por la cual surge el movimiento ecuménico para tratar de saldar las discrepancias entre las partes.

Es así que el Concilio define al movimiento ecuménico como “el conjunto de actividades y de empresas que, conforme a las distintas necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los tiempos, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad

de los cristianos” (Pablo VI, 2010, p. 4). Razón por la cual exhorta a que, en diferentes partes del mundo e inspirados por el Espíritu Santo, se hagan oraciones y se exponga la Palabra, con el fin de afianzar los lazos de la unidad, donde los fieles católicos den pasos al encuentro con los hermanos de otras confesiones cristianas, desechando aquello que pueda generar discrepancias y superando los obstáculos que impidan la buena comunión eclesial, de modo que todos los cristianos se reúnan en una única celebración sagrada. Por lo cual, este decreto exhorta a que:

Guardando la unidad en lo necesario, todos en la Iglesia, cada uno según el cometido que le ha sido dado, observen la debida libertad, tanto en las diversas formas de vida espiritual y de disciplina como en la diversidad de ritos litúrgicos, e incluso en la elaboración teológica de la verdad revelada; pero en todo practiquen la caridad. Pues con este proceder manifestarán cada día más plenamente la auténtica catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia. (Pablo VI, 2010, p. 4)

Este cometido, es la base de la unidad de la Iglesia, que el mundo pueda ver el amor hacia el prójimo a través de la solidaridad los unos con los otros.

Por otra parte, si se habla de ecumenismo y, sobre todo, del decreto *Unitatis redintegratio*, se hace imprescindible hablar del cardenal Yves Congar, quien es considerado uno de los teólogos clásicos del siglo XX, un gran eclesiólogo y ecumenista católico francés que jugó un papel fundamental durante el Concilio Vaticano II.

Comprensión ecuménica del Cardenal Yves Congar

Es importante destacar que su inclinación hacia la unidad de todos los cristianos se remonta a su juventud, inicialmente en términos de eclesiología. Meditando un día en el capítulo 17 del evangelio de San Juan, afirma que: “Descubrí mi vocación ecuménica en 1929, cuando ya había orientado mi labor hacia la eclesiología. El tema elegido para la tesis de ‘lectorado’, en el verano de 1928, fue: ‘La unidad de la Iglesia’ (Madrugal, 2009). Es a partir de allí que se dará su primer fruto teológico sobre este tema con su obra *Cristianos desunidos* que vio la luz en 1937 y que centra su contenido en los fundamentos eclesiológicos del ecumenismo, donde encontró gran oposición de la Santa Sede debido a que este tema no era bien visto por la Iglesia.

Por lo tanto, inicia una carrera lenta y con tropiezos, donde expresa que “únicamente el que ha sufrido por sus convicciones alcanza, en estas, una cierta cualidad de irrecusable, y el derecho a ser respetado y escuchado” (Congar, 1964). Inicialmente el Vaticano diría que la única manera para que alguien encontrara

unidad con la Iglesia era volverse al catolicismo; de lo contrario, no se podía hablar de unidad. En cambio, para Congar, la unidad de la Iglesia se basaba en el diálogo con aquellos que no pertenecían a la Iglesia madre, tanto con ortodoxos como con protestantes.

De este modo, encuentra un cautiverio doctrinal donde es marginado: “Desde los primeros días de 1947 hasta finales de 1956, fui objeto o sujeto de una serie ininterrumpida de denuncias, avisos, medidas restrictivas o discriminatorias, y de intervenciones cargadas de desconfianza” (Congar, 1964).

Posteriormente, y para sorpresa de muchos, es convocado por el Papa Juan XXIII para ser consultor del Concilio Vaticano II, donde pasa de ser un teólogo sospechoso a uno de los más destacados del Concilio. Su aporte radica en que la Iglesia no es una unidad abstracta, sino que está formada por hombres que han sido regenerados por el mensaje del evangelio y ahora son parte del pueblo de Dios, término que tendrá vital importancia en el diálogo ecuménico y connota un:

Valor ecuménico y misionero, en cuanto que permite el diálogo sobre todo con las iglesias de la Reforma, que desconfían tanto del institucionalismo como del romanticismo de la concepción biológica del cuerpo de Cristo; valor dialógico, en cuanto que permite la confrontación con las filosofías de la historia: «el pueblo de Dios toma conciencia de nuevo de su carácter mesiánico y de ser el portador de la esperanza de una consumación del mundo en Jesucristo».
(Gibellini, 1998)

De este modo, el Cardenal Congar estima a la Iglesia como un pueblo mesiánico que es germen de la unidad y esperanza de todo ser humano. A inicios de la discusión del decreto *Unitatis redintegratio*, en su diario sobre el Concilio, Congar expresa emotivamente este momento trascendental para el mundo cristiano:

Es un momento histórico. En esta mañana del 18 de noviembre, nos recogimos en oración, escuchamos, aguardamos con esperanza. La iglesia está a punto de pronunciarse de manera definitiva en favor del diálogo. Acaso se sorprenderá a sí misma por verse convencida tan profundamente de cosas de las que ni siquiera tenía la más mínima idea años atrás [...]. ¿Quién ha depositado tal simiente? ¿Y quién la había puesto en mí hace ya 35 años? Pero ¿quién hace que a cada noche suceda una aurora, y a cada invierno una primavera? (Congar, 1964, p. 142)

Esta apertura al diálogo es la que, para él, ha valido la pena la larga espera de sus opiniones y escritos al respecto, una espera plagada de acusaciones, exilios y señalamientos hacia el Cardenal. Sin embargo, todo esto se esfuma como niebla a las puertas del decreto *Unitatis redintegratio* que abre el camino al diálogo con

los demás hijos de Dios y que fue promulgado en otoño de 1964, decreto en el que Congar trabajó arduamente en su redacción. Para ese mismo año, publica su libro *Cristianos en diálogo. Contribuciones católicas al ecumenismo*.

Es así que él puede ver la transición del “*unionismo*” promulgado por la encíclica *Mortalium animos* de 1928 por el Papa Pío XI, donde expresa certeramente que la única opción de unidad era regresar a la Iglesia católica, al “*ecumenismo*” como apertura al diálogo con los demás cristianos. De allí que Congar vea el progreso del ecumenismo como algo que se concibe en la Iglesia, ya no como el unionismo expresaba, sino con todos aquellos que creen en Jesús como parte de su Pueblo. Es desde este momento donde “el ecumenismo como conocimiento y construcción teológica se va a revestir de eclesiología” (Esponera, 2012, p. 136).

En este sentido, para el Cardenal, el ecumenismo es más que una simple especialización; para él, conllevaba una ocupación ardua por la unidad de los cristianos, basada en el diálogo y no en la conversión al catolicismo, puesto que él veía que eran más las cosas que los unían que las que los separaban. Aunque este cambio de mentalidad sobre la Iglesia no se dio propiamente en el decreto sobre el ecumenismo, sino en la Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, donde expresa que:

Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica [...] si bien fuera de su estructura se encuentren muchos elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la unidad católica. (Pablo VI, 1964, p. 8)

Su gran interés en el ecumenismo lo llevaría a concluir que este radica en la Iglesia misma donde desde muy temprano de su vocación centra sus estudios en la eclesiología.

Hasta este momento, se han esbozado los planteamientos del decreto *Unitatis redintegratio* y del Cardenal Yves Congar, en los cuales se reconoce la necesidad del diálogo ecuménico. A continuación, se reflexionará a partir de la postura del Cardenal Walter Kasper (Heidenheim, 1933), quien es otra de las voces autorizadas para hablar de ecumenismo, cuya trayectoria en este campo data de más de cinco décadas, durante las cuales ha escrito numerosos libros y ha expuesto múltiples charlas y conferencias sobre el tema ecuménico.

Comprensión ecuménica desde el Cardenal Walter Kasper

En su libro *Caminos hacia la unidad de los cristianos*, afirma la necesidad de volver la mirada hacia la unidad de la Iglesia, donde “el entusiasmo ecuménico se ha enfriado notablemente y la pujanza del movimiento ecuménico corre peligro de

decaer” (Kasper, 2014, p. 5), porque han surgido diferentes interpretaciones que han generado divisiones en su interior, ocasionando dificultades para tener verdaderos acercamientos entre las partes.

Para el cardenal Walter Kasper, es pertinente volver a las sendas del diálogo, en el que se reconozca que son más las cosas en común que poseen las Iglesias que sus diferencias. Por lo tanto, es de gran trascendencia entablar el diálogo entre la Iglesia católica y las Iglesias emanadas de la Reforma, con quienes aún no se ha encontrado el camino que unifique su transitar, afirmando de esta manera que la Iglesia:

Debe abandonar su estructura unilateralmente monolítica y desarrollar estructuras de carácter más profundamente comunitario, colegial y sinodal. Semejante diálogo *ad intra* y semejantes estructuras dialógicas son una de las condiciones indispensables para el diálogo ecuménico *ad extra*. Esto vale de manera muy especial para la invitación del papa Juan Pablo II a un diálogo fraternal sobre cómo podría ejercerse el ministerio petrino en la nueva situación ecuménica. (Kasper, 2014, p. 139)

De igual manera, se refiere al diálogo desde una aproximación a la filosofía dialógica en la cual afirma: “No soy sin ti”, “no existimos para nosotros mismos”, “no solo tenemos encuentros, sino que somos encuentro, diálogo” (Kasper, 2014, p. 139). Reconociendo, asimismo, la importancia de tener un acercamiento al otro, no solo de forma verbal, sino en toda su dimensión existencial, lo cual permite fortalecer las capacidades y valores del individuo. De la misma forma, la Iglesia, al entablar un diálogo con otras comunidades, se fortalece en su interioridad al aceptar la verdad también contenida en el otro.

Para el purpurado, la Iglesia necesita volver su mirada a la Palabra dada desde el principio, desde la cual, en el mismo huerto del Edén, existía una correlación entre el Creador y su criatura, generando un vínculo que no era solo la voz que lo guiaba, sino que el hombre tenía la libertad de acercarse y disfrutar de una comunión perfecta con su Hacedor. Por lo cual, afirma que:

El diálogo (Ecuménico) es mucho más que un intercambio de ideas; es un intercambio de dones. En el diálogo no se comunica simplemente algo al otro, sino que se le transmite algo de uno mismo; se da testimonio de la propia fe y se le permite participar en ella. Así pues, el encuentro no tiene lugar en el mínimo denominador común, sino que los interlocutores se dejan enriquecer e introducir más profundamente en la verdad plena por el Espíritu de Dios. (Kasper, 2014, p. 11)

En este sentido, todas las iglesias que se encuentran comprometidas con el diálogo ecuménico reconocen la importancia de que la unidad no sea solamente de forma

espiritual, sino que sea una realidad visible en toda la Iglesia del Señor. Por consiguiente, “la Iglesia católica ya no entiende esta unidad visible como uniformidad, sino como unidad en la diversidad y como *communio* de Iglesias” (Kasper, 2014, p. 139). Para el prelado, es de gran importancia el decreto conciliar, el cual resume en tres dimensiones el diálogo ecuménico, a saber:

En primer lugar, está el diálogo teológico, en cuyo marco los expertos explican las convicciones de fe de cada una de las Iglesias, con el fin de que sus rasgos característicos cobren expresión más nítida, propiciando así la comprensión mutua. De la segunda dimensión, forman parte la colaboración práctica y, sobre todo, la oración común, que constituye el corazón del movimiento ecuménico. Este aspecto del diálogo no solo incluye el diálogo teológico académico, sino la vida entera de la Iglesia y de los fieles. La tercera dimensión es la renovación y la reforma de nuestra propia Iglesia, de suerte que, alcanzando una mayor perfección, se convierta en signo auténtico y testigo del Evangelio y en invitación a otros creyentes. Sin conversión personal y renovación institucional no puede existir el ecumenismo. (Kasper, 2014, p. 140)

En estas dimensiones referidas, se puede apreciar la estructura que el Cardenal evoca para la construcción de un departir que fortalezca las bases del diálogo ecuménico, donde es el mismo Dios quien procura la unidad de la Iglesia, en la cual los unos crecen en los otros, siendo transformados en su interior, para llegar a una relación completa en el amor y la verdad.

Aproximación al estado actual del ecumenismo a nivel teórico y de sus prácticas

Hasta este momento, se ha descrito un panorama de la comprensión ecuménica tanto del decreto del Concilio como de los Cardenales ya mencionados. Por lo tanto, para dar respuesta al objetivo de este artículo, es necesario responder a los siguientes interrogantes: ¿Cuál es el avance que ha tenido el ecumenismo hasta nuestros tiempos? ¿Se han puesto en práctica las propuestas del decreto *Unitatis redintegratio* y los aportes de los cardenales Congar y Kasper? ¿Cuál es el estado actual del ecumenismo a nivel teórico y de sus prácticas? Para poder responder a estas preguntas, es necesario revisar el camino transcurrido en la Iglesia, que, desde Roma y las diferentes denominaciones, han trabajado en pro de este deseo divino.

Es así que, para el Concilio, “el empeño por el restablecimiento de la unión corresponde a la Iglesia entera” (Pablo VI, 1964, p. 5), es decir, que son todos los miembros que la componen los que deben producir dicha unidad. En este sentido, se hace necesario que el agente de cambio tenga una conversión genuina en su corazón porque “el verdadero ecumenismo no puede darse sin la conversión

interior. En efecto, los deseos de la unidad surgen y maduran de la renovación del alma, de la abnegación de sí mismo y de la efusión generosa de la caridad” (Pablo VI, 1964, p. 7). Esta afirmación es importante a la hora de hablar sobre la unidad de los cristianos, que es un mandato sagrado vigente aún en la actualidad.

Las propuestas dadas en el decreto del Concilio sobre el ecumenismo han dado fruto, sobre todo en la oración unánime, o conocida como “ecumenismo espiritual”, que es considerado “el alma de todo el movimiento ecuménico” (Pablo VI, 1964, p. 8). Este tipo de ecumenismo no solo se refiere a orar los unos por otros para que todos sean uno en el Señor, sino que intercede por una conversión genuina del ser hacia su creador, como el Vademécum lo expresa de una forma clara cuando dice:

El ecumenismo espiritual requiere una conversión y una reforma de vida; o como dijo el Papa Benedicto XVI: “Los gestos concretos que entran en los corazones y mueven las conciencias son esenciales, inspirando en todos esa conversión interior que es el requisito previo para todo progreso ecuménico”⁴. De modo semejante el Cardenal Walter Kasper afirmaba: “Solo la conversión del corazón y la renovación de la mente pueden curar las heridas en los vínculos de la comunión”⁵.

Cuando se ora por unidad, se reconoce que esta solo viene como don del Espíritu Santo; de ahí que no es algo humano ni provocado a la fuerza. Es Él quien toca los corazones y produce “el querer como el hacer” (Flp 2.13), generando cambios genuinos a favor del diálogo ecuménico, en palabras de Kasper:

El ecumenismo no es activismo eclesial, ni diplomacia eclesiástica, ni un diálogo académico. Si Jesús pide para que sus discípulos sean uno, como él y el Padre son uno, es que nosotros no podemos hacer esa unidad. No la podemos programar, ni organizar, ni idear y construir según nuestras expectativas y deseos. La unidad solo se nos puede regalar como fruto de la oración, a través del Espíritu enviado por el Padre. En este sentido, el ecumenismo es –dicho sucintamente– participar en la oración de Jesús, y la oración por la unidad es el camino principal del ecumenismo. (Augustin, 2018, p. 8)

Es de resaltar que, a inicios del siglo XX, se crea la “Semana de oración por la unidad de los cristianos”, la cual realiza sus reuniones cada año del 18 al 25 de enero. Esta celebración de carácter ecuménico tiene vigencia hasta el día de hoy, es precedida por el Consejo Mundial de Iglesias y la Iglesia católica; aunque no es

⁴ Primer Mensaje del Papa Benedicto XVI al final de la Concelebración Eucarística con miembros del Colegio Cardenalicio en la Capilla Sixtina, 20 de abril de 2005 (Citado en el Vademécum Ecuménico, 2020, p. 15).

⁵ Kasper (2007, p. 6) citado por el Vademécum ecuménico (2020, p. 15).

miembro del consejo, hace su participación como observante del mismo (Vademécum ecuménico, 2020, p. 50).

En este sentido, la *Ut unum sint* resalta que “No hay un acontecimiento importante y significativo que no se beneficie con la presencia recíproca y la oración de los cristianos” (Juan Pablo II, 1995, p. 25). Este acto común beneficia a todo el cuerpo de Cristo al generar armonía y unidad hasta el día de hoy. Para el papa Juan Pablo II, la labor ecuménica fue “una de las prioridades pastorales” (Juan Pablo II, 1995, p. 99) de su pontificado.

Uno de los propósitos que tenía el decreto *Unitatis redintegratio* era la formación ecuménica para la promoción de la unidad de los cristianos, donde se señala que “es necesario que las instituciones de la sagrada teología y de las otras disciplinas, sobre todo, históricas, se expliquen también en sentido ecuménico, para que respondan lo más posible a la realidad” (Pablo VI, 1964, p. 10). Esta formación se ha hecho realidad desde los días del decreto, ya que se han creado varias instituciones a favor del diálogo entre cristianos.

En este sentido, en 1989,

el antiguo Secretariado romano para la unidad» pasó a llamarse Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos,⁶ Su primer presidente fue el Cardenal Agustín Bea SJ, al que sucedieron el Cardenal Johannes Willebrands, desde 1989, el australiano Edward Y. Cassidy y, a partir de 2001, el alemán Walter Kasper. (Burggraf, 2003, pp. 276-277.)

Esta organización tiene como fin:

Ofrecer una exacta interpretación y aplicación de los principios católicos del ecumenismo; mantener informado al Papa de los asuntos ecuménicos; fomentar y coordinar grupos de teólogos católicos que promuevan la unidad cristiana; fomentar la relación con las otras Iglesias; establecer diálogos sobre problemas ecuménicos con otras Iglesias; designar observadores católicos para las reuniones de otras Iglesias; invitar a observadores de otras Iglesias a las reuniones católicas; ejecutar los textos conciliares en lo referente al ecumenismo. (Burggraf, 2003, p. 277)

Su participación en las comisiones mixtas sobre el diálogo ecuménico con otras iglesias cristianas fue de mucha relevancia; también ha hecho su aporte con importantes documentos como:

Directorio ecuménico (primera parte 1967, segunda parte 1970); Reflexiones y sugerencias sobre el diálogo ecuménico (1970); La colaboración ecuménica a

⁶ Cfr. Juan Pablo II (1995) citado por Burggraf (2003, pp. 276-277).

nivel regional, nacional y local (1975); Directrices para la aplicación de principios y normas sobre el ecumenismo —llamado sencillamente Directorio ecuménico— 1993); Declaración Cristológica común entre la Iglesia católica y la Iglesia asiría de Oriente (1994); La dimensión ecuménica en la formación de quienes trabajan en el ministerio pastoral (1995); El don de la autoridad (1999); Declaración conjunta sobre la Doctrina de la Justificación entre la Iglesia católica y la Federación Luterana Mundial (1999). (Burggraf, 2003, p. 277)

Es así que su aporte ha sido y continúa siendo trascendental en el ambiente del diálogo ecuménico. Su relación con otras iglesias y organizaciones ha hecho de este organismo algo valioso e indispensable para la promoción de la unidad de los cristianos.

Desde el Concilio Vaticano II, se han incrementado los encuentros internacionales de cristianos y los documentos referentes al ecumenismo, tanto desde la Iglesia católica como de la Iglesia ortodoxa y protestante. Sin embargo, esta apertura al diálogo promovida en la *Unitatis redintegratio* no ha sido del todo un camino sereno y sin premuras; los conflictos que enfrentó el Cardenal Congar al tratar este tema de la unidad se han visto reflejados también después del Concilio, encontrando tropiezos o, más bien, épocas en las que se ha estancado un poco el espíritu del mismo. Para Barros:

Infelizmente, la primavera del Concilio Vaticano II no duró mucho. Hacia finales del pontificado de Pablo VI, principalmente a partir de los años 70, y con más fuerza todavía desde que Juan Pablo II se convirtió en papa, la Iglesia católica entró en un tiempo de mayor rigidez doctrinal y disciplinar, que prácticamente ignoró y muchas veces hasta acabó por sepultar la renovación anteriormente incentivada por el Concilio. (Barros, 2011, p. 40)

No es que se haya perdido el interés en la cuestión ecuménica, sino que la preocupación por otros asuntos que se consideraban en ese entonces más importantes fue apagando la llama encendida que un día transmitió el Cardenal Yves Congar como consultor del Concilio y el deseo que se tenía al promulgar el decreto *Unitatis redintegratio*⁷. Se hace necesario que, para poder tener un verdadero camino hacia la unidad, haya una profunda renovación de la misma Iglesia, donde estos avances no se estanquen, sino que puedan avanzar en pro del bienestar de los hijos de Dios.

Cuando el entonces Cardenal Joseph Ratzinger era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en la declaración *Dominus Iesus* describe con bastante preocupación que: “Es, por lo tanto, contraria a la fe de la Iglesia la tesis del

⁷ En los años 80, el padre Juan Bautista Libanio denunció que la Iglesia católica vivía una “vuelta a la gran disciplina” (Barros, 2011, p. 41)

carácter limitado, incompleto e imperfecto de la revelación de Jesucristo, que sería complementaria a la presente en las otras religiones” (Ratzinger, 2000, p. 6). Esto significa para Barros que “volvemos a considerar la revelación cristiana la única absoluta” (Barros, 2011, p. 41).

Este enunciado, aprobado por el Papa Juan Pablo II, tuvo eco dentro del mismo Vaticano, donde algunos promotores del ecumenismo expresaron su inconformidad, dando “declaraciones críticas al documento y contrarias a su contenido por parte de personas como el cardenal Walter Kasper, entonces presidente del Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos” (Barros, 2011, p. 42). Es muy importante en estos aspectos poder superar los absolutismos y exclusivismos dando valor a los diferentes caminos que el cristianismo tiene hoy en día.

En el caso de la Declaración *Dominus Iesus* no es para nada antiecuménica; todo lo contrario, reconoce el avance importante que se ha hecho en favor de la unidad del Cuerpo de Cristo, tanto que declara:

Es la primera vez en la historia que la acción en favor de la unidad de los cristianos ha adquirido proporciones tan grandes y se ha extendido a un ámbito tan amplio. Esto es ya un don inmenso que Dios ha concedido y que merece toda nuestra gratitud. De la plenitud de Cristo recibimos ‘gracia por gracia’ (Jn. 1:16). Reconocer lo que Dios ya ha concedido es condición que nos predispone a recibir aquellos dones aún indispensables para llevar a término la obra ecuménica de la unidad. (Ratzinger, 2000, p. 40)

Para Ratzinger, seguir el camino del ecumenismo es algo dado por Dios, y la Iglesia en conjunto debe continuar trabajando para lograrlo. Aunque en este período se observó por parte de la Iglesia católica un cierto estancamiento en este aspecto, como lo afirmó Barros⁸, la labor ecuménica seguía su crecimiento. Así, el propósito del Decreto ve sus frutos a pesar de las barreras, o como lo afirma Hans Küng (1962): “el Concilio será el cumplimiento de una gran esperanza” (p. 153), esperanza que se refleja en los esfuerzos de las diferentes iglesias empeñadas en hacer realidad las palabras de Jesús cuando oró por sus discípulos.

Es así que no se puede llegar a una unidad con desconfianzas y desconocimientos; es necesaria una actitud positiva para lograr los diálogos y que estos perduren en

⁸ A medida que la Iglesia católica se encierra en posiciones de autoritarismo y de un dogmatismo siempre más rígido e insiste en sus pretensiones de hegemonía y de nostalgia de la vieja Cristiandad, no hay lugar para el diálogo y la colaboración con las otras Iglesias y religiones (Barros, 2011, p. 41).

el transcurrir del tiempo, suscitando una herencia ecuménica para las nuevas generaciones de cristianos, sin importar a la Iglesia a la que pertenezcan, donde:

El Decreto invita a mirar a los cristianos no católicos no solo bajo la perspectiva negativa “no-católico” (lo cual es verdad, pero media verdad), sino también desde la mirada positiva de «cristiano»; no solo bajo el prisma teológico, pastoral y espiritual de lo que “no son”, sino de lo que “son”, sin desconocer lo que separa todavía. (Villar, 1996, p. 119)

Estos principios promulgados tanto en *Unitatis redintegratio* como en *Dominus Iesus*, invitan a una conducta correcta para el avance ecuménico.

Se ha descrito en este artículo cómo el ecumenismo ha tomado fuerza con diferentes organismos que impulsan el diálogo de unidad entre los cristianos. Sin embargo, no se puede desconocer que han existido en la historia puntos trascendentales que son objeto de desunión, lo que ha hecho que el diálogo se estanque y frene su proceso. Uno de estos puntos es el ministerio petrino, donde Kasper (2016) expresa:

Que aquí reside la principal dificultad para un diálogo ecuménico entre la Iglesia católica de Roma y todas las demás Iglesias reunidas en el Consejo Mundial de Iglesias lo ha afirmado recientemente en Odessa la comisión ejecutiva de dicha organización... Pues el ministerio petrino es para él el *centrum unitatis* de la Iglesia. Está convencido de que le ha sido dado a la Iglesia en aras de la unidad. Pero ahora resulta que justo este *centrum unitatis* se ha convertido en el *scandalum dissensionis* y en el mayor obstáculo para la unidad. (p. 150)

En este punto, es importante resaltar que, durante la Reforma Protestante, el Papado era muy diferente de lo que presenció Martín Lutero en comparación con lo que se ha visto en los últimos cien años de esta labor. Sin embargo, este tema sigue afectando la unidad entre católicos y protestantes, al punto de que, para Küng, “el meollo, empero, de esta cuestión acerca del oficio, la gran piedra de escándalo, es el oficio de Pedro y su sucesión” (Küng, 1962, p. 139). Este asunto, de una u otra forma, estanca el diálogo entre las diferentes iglesias.

Por otra parte, y no menos importante, está la cuestión sobre los ministerios y los sacramentos, donde:

la ausencia del sacramento del orden es, según el Concilio Vaticano II, la razón por la que las comunidades eclesiales surgidas de la Reforma ‘no han conservado la genuina e íntegra sustancia (substantia) del misterio eucarístico’. Esta grave afirmación lleva, en la práctica, a negar la intercomunió: (Pablo VI (1964, p. 22) citado por Kasper (2016, p. 156))

Es así que la cuestión sobre el ministerio se convierte en un punto central de la discusión ecuménica.

El tema de la justificación es otro punto de quiebre al hablar de ecumenismo. Desde la Reforma Protestante, este aspecto separó a la Iglesia de entonces, donde Lutero afirmaba que la salvación era solo por gracia, sin mérito humano alguno, “sola fide”, y que la mediación humana no tenía valor para la redención del hombre. Sin embargo, al transcurrir el tiempo y tras los diálogos entre las partes afectadas por esta discusión, se han logrado avances importantes, entre los que se destaca la Asamblea plenaria de la Federación Luterana Mundial (FLM, 2023) celebrada en Hong Kong en 1997, donde:

Los acontecimientos más importantes para las futuras relaciones entre la Iglesia católica de Roma y las Iglesias surgidas de la Reforma luterana del siglo XVI fueron la discusión y la positiva acogida de la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación. El cardenal Edward Cassidy caracterizó con razón este acontecimiento como gran aliento y como inauguración de una nueva fase y dimensión de nuestro diálogo. (Kasper, 2016, p. 365)

Estos avances han sido fundamentales para las relaciones entre católicos y protestantes, aunque no faltan los tropiezos y las voces que no están muy de acuerdo con este tipo de ecumenismo doctrinal. Los trabajos que se han realizado por separado, ahora en conjunto, han logrado relaciones más estrechas entre las dos partes; de esta asamblea surge el documento sobre la “Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación” teniendo como autoría la Federación Luterana Mundial y el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos. La doctrina sobre el Espíritu Santo, entre Oriente y Occidente, prolongada por más de un milenio, es otro de los puntos de quiebre donde se encuentra la diferencia:

En la celebración de la eucaristía. Mientras que la tradición litúrgica occidental confiesa que el Espíritu Santo «procede del Padre y del Hijo» (filioque), las Iglesias orientales no tienen en su credo la expresión filioque; al contrario, esta es para ellas una de sus principales divergencias de opinión respecto de la tradición latina. (Kasper, 2016, p. 476)

Estos serían los temas más predominantes que se han discutido para lograr la unidad, aunque existen otros, como el tema de la eucaristía, el bautismo de los niños, temas relacionados con la Virgen María y otros más que, en su medida, se han discutido y se ha llegado a un acuerdo.

¿Cómo se encuentra el ecumenismo?

El camino del ecumenismo es arduo y espinoso; cada día se enfrenta a nuevos retos para mantener sus objetivos claros y sólidos en su travesía por los diferentes escenarios de la humanidad. Esta labor se hace más llevadera en la medida en que los diferentes actores caminan juntos, complementándose y apoyándose los unos a los otros, así lo ha expresado en varios momentos el papa Francisco:

La unidad se construye a lo largo del camino, la unidad es un camino... caminar juntos, rezar juntos, colaborar en tantas cosas que podemos hacer juntos, ayudarnos mutuamente... Para Francisco, el ecumenismo se debe construir caminando juntos, rezando juntos, haciendo cosas juntos (obras de caridad, compromisos sociales) y dando testimonio juntos de Jesucristo. Sin negar otros aspectos más clásicos del ecumenismo, su acento está puesto allí: en el caminar juntos. (Rodrigo, 2017, p. 637)

De esta manera, el Papa Francisco reconoce la importancia de que todos los miembros de la Iglesia de Cristo, guiados por el Espíritu Santo en un mismo carisma, coordinen esfuerzos para construir un camino único que favorezca la hermandad y la fraternidad en obediencia a las palabras de Jesús: “para que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti” (Jn. 17:21).

Para el Cardenal Walter Kasper, cada integrante del Cuerpo de Cristo posee la misión de entender y proclamar la verdad, la cual se hace visible en el amor al prójimo, despojándose de ideas personalistas en pro del bienestar de la Iglesia.

El ecumenismo ha ayudado tanto a una como a otra Iglesia a superar su autorreferencialidad confesional y a entender de forma nueva y más profunda su ser cristiano en la misión, la diaconía y la responsabilidad cristiana como un don que debe ser comunicado. (Kasper, 2016, p. 25)

Entendiendo de esta manera el papel que ha jugado el ecumenismo en la Iglesia, se beneficia a ambas partes en la búsqueda de encontrar los puntos de quiebre que originaron la ruptura eclesial. Los diálogos han expuesto a la luz las equivocaciones y aciertos de cada una en su caminar. Todos están de acuerdo en la necesidad de la unidad, pero las grietas o diferencias se encuentran radicadas en la mirada ecuménica que cada uno posee. Por lo tanto, “las Iglesias ya no pueden permitirse estar enfrentadas ni tampoco coexistir desde la autosuficiencia; deben convivir y salir unas al encuentro de otras” (Kasper, 2016, p. 27).

Desde el Concilio Vaticano II, la unidad de la Iglesia va en aumento; el camino, cada día, está más iluminado. Cada Iglesia ha realizado esfuerzos por tener un acercamiento a sus otros hermanos en el anhelo de construir juntos una sola comunidad que glorifique el Nombre del Señor.

Bergoglio acentúa la eclesiología del pueblo de Dios, el pueblo de Dios en salida, el sentido de la fe del pueblo de Dios y la estructura sinodal de la Iglesia; además, propone un interesante nuevo enfoque para comprender la unidad. Ya no describe la unidad ecuménica con la imagen de los círculos concéntricos alrededor de Roma; en su lugar utiliza la imagen del poliedro: una figura de múltiples caras que no es un rompecabezas armado desde fuera sino un todo y que, cuando se trata de una gema, refleja de un modo maravillosamente diverso la luz que incide sobre él. (Kasper, 2016, p. 29)

Para el Papa Francisco, toda la Iglesia, en un solo conjunto, irradiará más la presencia del Creador en la humanidad. Antes se tenía la visión de una Iglesia central en Roma, donde todo giraba a su alrededor, siendo el eje central de las ordenanzas y ceremonias eclesiales. Con los diálogos ecuménicos, se pretende que todos, en unidad, construyan la Iglesia de Cristo, donde todos, guiados por el Espíritu Santo, iluminen el camino a transitar.

De acuerdo con la idea del poliedro, la Iglesia debe abrir sus puertas a todos los hombres que deseen de todo corazón hacer la voluntad de Dios. “La Iglesia existe dondequiera que la palabra de Dios sea escuchada en común y dondequiera que se viva y actúe conjuntamente a partir de ella” (Kasper, 2016, p. 213). La Iglesia no está condicionada a una estructura material; donde se encuentre un creyente en Cristo y proclame su verdad, allí se hará presente la Iglesia del Señor.

En los siglos XI y XVI ocurrieron los dos grandes cismas de la Iglesia que ocasionaron la gran separación que hoy vive la Iglesia de Cristo. Ambas rupturas fueron suscitadas por motivos diferentes que ocasionaron, al interior de la misma, gran dolor, por tratarse de hermanos que caminaban juntos en la verdad. Por lo cual, se han hecho ingentes esfuerzos para volver a esta unidad que un día se tuvo.

La Iglesia de Occidente y Oriente, durante muchos años, caminaron articuladas, reconociendo la sede circunscrita a Roma como la autoridad que regía la senda por la cual marchaba la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo. Entre ambas Iglesias había una unidad fraterna de fe y de vida consagrada, existiendo gran similitud en el orden sacerdotal y eclesial, que obedecía a los dogmas fundamentales de la fe cristiana, donde se reconoce que son más las similitudes que poseen ambas que las diferencias. Por lo cual, es necesario velar por caminar juntas para establecer una unidad plena entre ambas, como es el anhelo del decreto *Unitatis redintegratio*:

Exhorta a todos, pero especialmente a quienes han de trabajar por restablecer la plena comunión entre las iglesias orientales y la iglesia católica que tengan las debidas consideraciones a la especial condición de las iglesias que nacen y se desarrollan en el Oriente, así como a la índole de las relaciones que existían entre ellas y la Sede Romana antes de la separación y que se formen una opinión

recta de todo ello; observar esto cuidadosamente servirá muchísimo para el pretendido diálogo. (Pablo VI, 1964, p. 14)

En procura de la reconciliación entre las partes, es necesario cuidar cada una de las acciones que tengan relación directa con el culto litúrgico y la observancia de la comunión fraterna entre los diferentes componentes de la misma.

El movimiento ecuménico será un puente entre ambas y preservará la armonía al construir las relaciones entre las dos Iglesias: “Uno de los desarrollos ecuménicos positivos acaecidos desde el Concilio Vaticano II es el notable hecho de que, tras mil años de separación, las Iglesias de Oriente y Occidente se reconocen y caracterizan ahora recíprocamente como Iglesias hermanas” (Kasper, 2014, p. 147).

Al reconocer que cada una tiene una forma especial de razonar su doctrina teológica, dada por el Creador, en lugar de contradecir lo que la otra entiende y manifiesta, se convierte en un complemento que la alimenta y la edifica. “De ahí que, con el credo común de la Iglesia antigua, se conciben a sí mismas como la *una, sancta, catholica et apostolica ecclesia*” (Kasper, 2016, p. 220). A pesar de las diferencias que las componen, pueden caminar juntas en armonía, construyendo diálogos de caridad y de paz que impacten en una sociedad sumergida en el desamor y el egoísmo personal.

Con las iglesias surgidas de la Reforma a mediados del siglo XVI, las diferencias son más profundas en cuanto al carácter doctrinal. “Según la concepción protestante plasmada en la Confesión de Augsburgo, la Iglesia acontece siempre y dondequiera que la palabra es correctamente proclamada y los sacramentos (el bautismo y la cena) se administran conforme al Evangelio” (Kasper, 2014, p. 12). Para el cardenal Kasper, en los últimos años se ha avanzado mucho en el diálogo con esta vertiente de la iglesia; el camino no ha sido fácil y se ha extendido más de lo predicho, por lo cual se hace necesario renovar las formas adoptadas en el siglo XX para no retroceder en el encargo de Jesús de buscar la comunión y ser testimonio para la humanidad.

Vale la pena destacar que, a pesar de las diferencias presentes, se encuentran afinidades y responsabilidades en su interior que es necesario extender para lograr construir la unidad de la Iglesia de Cristo.

Una de las tesis fundamentales de Lutero era justamente la Sola Scriptura. Fueron al menos dos años de trabajo, discusiones y debates, hasta que la casi unanimidad de los padres conciliares aprobó el texto oficial de la Constitución Dogmática *Dei Verbum* sobre la Revelación Divina. Para el desarrollo posterior de la relación ecuménica entre católicos y evangélicos, este documento sobre la

Palabra de Dios fue hasta más fundamental e importante que el mismo Decreto *Unitatis Redintegratio* sobre ecumenismo. (Barros, 2011, p. 187-188)

Cada uno de estos esfuerzos que se han realizado para alcanzar la reconciliación y la armonía de la Iglesia son piedras que se colocan para construir una grey fuerte que haga frente a las discrepancias generadas en el transcurso del tiempo.

Este Sagrado Concilio desea ardientemente que los proyectos de los fieles católicos progresen en unión con los proyectos de los hermanos separados, sin que se pongan obstáculos a los caminos de la Providencia y sin prejuicios contra los impulsos que puedan venir del Espíritu Santo. (Pablo VI, 1964, p. 24)

No se puede desconocer la obra que el Espíritu Santo ha venido realizando en cada una de las iglesias; no se trata de deslegitimar el camino recorrido por cada una. Todos, como un solo cuerpo de Cristo, se complementan y son útiles en las manos del Orfebre para la extensión del evangelio a toda la comunidad. “La unidad que buscamos no es ni absorción ni fusión, sino respeto de la multiforme plenitud de la Iglesia” (Molina, 2010, p. 410) en la medida en que la Iglesia reconozca que es necesario caminar juntos, será más fácil cumplir el propósito por el cual fue instituida por el Creador: ser luz y sal en una humanidad cada vez más alejada del camino del Redentor.

Luego de este corto panorama sobre los diálogos para alcanzar la unidad de la Iglesia de Cristo, es necesario dar una mirada a este acontecimiento a nivel nacional, donde Colombia no es ajena a estos avances y encuentros entre diferentes iglesias.

El ecumenismo en Colombia

La Iglesia en Colombia no es ajena a la búsqueda de la unidad entre las diferentes denominaciones presentes en el territorio nacional. El movimiento ecuménico ha marchado a pasos lentos debido a diversos factores que han retrasado la comunión entre las partes. Las animosidades y dolencias históricas causadas por el descontento entre las diversas confesiones cristianas, que tuvieron su raíz entre los años 1946 y 1957, ocasionaron un ambiente hostil que, aún en la actualidad, repercute en una obstrucción al diálogo (Arboleda, 2013, p. 210).

De igual manera, la falta de interés por parte de los distintos líderes de las iglesias en tratar de construir puentes de diálogo con otras confesiones cristianas se ha manifestado. Se han preocupado más por buscar la solución a los problemas que han acontecido en el territorio colombiano debido a la violencia generada por los grupos al margen de la ley, que han afectado a la comunidad en general.

Otro de los componentes que han afectado la búsqueda de la unidad de la Iglesia en la nación ha sido la poca formación de los líderes religiosos en el tema del movimiento ecuménico. Fue a partir de la década de los noventa que se inició en los centros de formación religiosa la implementación de la importancia de buscar fortalecer las relaciones con las otras partes que componen la Iglesia del Señor. Es necesario, como lo afirma Arboleda (2013):

La creación de los secretariados o comisiones diocesanos de ecumenismo que animen la actitud ecuménica, la celebración de la semana de oración por la unidad de los cristianos, la formación de grupos o colectivos ecuménicos en las diócesis. La formación ecuménica de sacerdotes, religiosos y laicos atendiendo a las directrices del Vaticano y de la *Ratio Studiorum* para los seminarios. (p. 211)

Es indispensable hacer un llamado a no economizar esfuerzos desde la espiritualidad y la academia, capacitando a quienes las presiden para que, a través de sermones y homilías, puedan exhortar a los feligreses a la tolerancia y el respeto por otras confesiones, evitando frases y actitudes que denigran su labor, buscando de esta manera la reconciliación como cuerpo de Cristo.

Varios son los encuentros realizados a nivel latinoamericano en procura del diálogo ecuménico. En el caso de Colombia, la Conferencia de Medellín buscó atraer a los participantes no católicos a la unidad, dejando a un lado las discrepancias presentadas en el transcurso de los tiempos:

De manera particular nos dirigimos a las Iglesias y comunidades cristianas que participan de una misma fe con nosotros en el Señor Jesús. Durante esta Conferencia, hermanos nuestros de esas confesiones cristianas han estado participando en nuestros trabajos y nuestras esperanzas. Junto con ellos seremos testigos de este espíritu de colaboración. (CELAM, 2018, p. 72)

Está en manos de todos velar por la unidad de la Iglesia, procurando fomentar un clima sosegado de reflexión que muestre al mundo el amor y la gracia emanados del corazón del Padre. Al reconocer que se está “en un mundo cada vez más diversificado y pluralista, la teología cristiana debe hacer un esfuerzo para superar su propio absolutismo y visión exclusivista y repensarse a partir del descubrimiento y valoración de los otros caminos y culturas religiosas” (Barros, 2011, p. 43), la sociedad actual está deseosa de una verdadera transformación de la Iglesia que genere luz a los diferentes conflictos que se presentan en el contexto presente.

Conclusiones

De acuerdo con los planteamientos expresados por el decreto *Unitatis redintegratio* y por los cardenales Yves Congar y Walter Kasper, se puede afirmar que los tres convergen en la búsqueda de la unidad de la Iglesia, la cual ha sufrido tropiezos en procura de alcanzar la armonía entre los diferentes componentes de esta. Sin embargo, a pesar de los contratiempos presentados, se continúan haciendo esfuerzos para que sea una la Iglesia del Señor y se dejen de lado los celos ministeriales y los intereses particulares de sus dirigentes.

El ecumenismo continúa en proceso hasta que se alcance la verdadera unidad del cuerpo de Cristo, un recorrido que no ha sido fácil y que busca restaurar las relaciones entre las partes. Para aquellos que participan en la tarea ecuménica, la división que se ha presentado a lo largo de la historia entre los cristianos representa un gran desafío, no solo en su naturaleza teológica, sino también en la cultural.

Uno de los desafíos que enfrenta el movimiento ecuménico actual es la necesidad de que tanto sacerdotes, pastores, líderes, laicos y todos aquellos que dirigen la Iglesia del Señor sean conscientes de buscar el camino de la unidad, despojándose de sus conceptos preconcebidos y escuchando al otro en su verdad, su posición, y, entre todos, guiados por el Espíritu Santo, mostrarle al mundo que hay un Dios Padre de todos.

Todos son llamados a ser luz y sal (Mt. 5:13-16) en una tierra de conflictos que pide a gritos la manifestación de los hijos de Dios (Rm. 8:19). Si la Iglesia está unida y permanece unida, será como ese gran bálsamo que sana las heridas del cuerpo y del alma (Lc. 4:18). Jesús llama a la Iglesia a ser levadura que leuda y transforma toda la masa; la llama a salir y llevar las buenas nuevas de salvación a toda la humanidad.

Luego del análisis de los escritos referenciados en este artículo, se propone, para un futuro en la Iglesia:

- Fomentar la enseñanza en temas ecuménicos en las diferentes Iglesias no católicas.
- Mayor apertura de los líderes cristianos para el diálogo ecuménico a través de la participación de la Semana de Oración anual.
- Generar espacios de unidad eclesial sin proselitismos en pro de ayudar al prójimo
- Participación conjunta a nivel tanto departamental como nacional donde se fomente el diálogo para la unidad de los cristianos.

- Realizar encuentros periódicos de oración y lectura bíblica donde participen todas las iglesias que profesan al Señor Jesús.
- Promover el intercambio de predicadores en las iglesias donde se invite a la predicación y se hable de temas ecuménicos.
- Realizar labores sociales donde se involucren diferentes Iglesias cristianas a favor de la comunidad.
- Poder cambiar el lenguaje entre las partes es el primer paso que se debería realizar para entablar diálogos más iguales; es decir, los calificativos como “hermanos separados”, “iglesias de garaje” y otros apelativos fomentan la separación y no la unión.

Dichos obstáculos no se pueden superar desde la naturaleza humana; es necesaria una intervención divina, donde la muerte y resurrección de Cristo vencen todas esas divisiones y proclaman la victoria sobre la injusticia y toda forma de maldad.

En palabras consignadas en el Vademécum ecuménico se expresa de la siguiente forma:

La apertura a la gracia de Dios renueva la Iglesia, y como enseña *Unitatis redintegratio*, esta renovación es siempre el primer e indispensable paso hacia la unidad. La apertura a la gracia de Dios exige también apertura a nuestros hermanos y hermanas en Cristo y, como escribió el Papa Francisco, la voluntad de recibir “lo que el Espíritu ha sembrado en ellos como un don también para nosotros (EG 246). (Vademécum Ecuménico, 2020, p. 39)

Es así que la gracia dada por Dios mediante su hijo Jesucristo es la que nos convoca a la unidad, unidad expresada en su oración al Padre, rogando que todos seamos uno, y como lo expresó el abad Paul Couturier, pionero del ecumenismo espiritual, en su oración por la unidad:

Señor Jesús, que, en la víspera de morir por nosotros, oraste para que todos tus discípulos sean perfectamente uno, como Tú en tu Padre y tu Padre en Ti, haznos sufrir dolorosamente la infidelidad de nuestra desunión. Danos la lealtad de reconocer y el valor de rechazar lo que se oculta en nosotros de indiferencia, de desconfianza e incluso de hostilidades mutuas. Concédenos a todos encontrarnos en Ti, para que de nuestras almas y de nuestros labios suba incesantemente tu oración por la unidad de los cristianos, tal como Tú la quieres, por los medios que Tú quieras. En Ti, que eres la caridad perfecta, haznos encontrar el camino que conduce a la unidad, en la obediencia a tu amor y a tu verdad. Amén. (Vademécum Ecuménico, 2020, p. 40)

Referencias

Arboleda, C. (2013). Medio siglo del ecumenismo: retos del futuro. *Revista Cuestiones Teológicas*, 40(93).

Albertus Magnus
ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>
Vol. XIV N.º 2 | julio-diciembre de 2023

- Augustin, G. (2018). *El alma del ecumenismo. La unidad de los cristianos como proceso espiritual*. Sal Terrae.
- Barros, M. (2011). El ecumenismo y los 50 años del Vaticano II, mirados desde América Latina. *Revista Latinoamericana de Teología*.
- Burggraf, S. (2003). *Conocerse y comprenderse. Una introducción al ecumenismo*. *Revista Cuestiones Teológicas*, 276-277.
- Congar, Y. (1964). *Diario del Concilio: segunda sesión*. Editorial Estela.
- Congar, Y. (1967). *Llamadas y caminos 1929-1963*. En *Cristianos en diálogo. Aportaciones católicas al ecumenismo*. Editorial Estela.
- Consejo Episcopal Latinoamericano [CELAM]. (2018). *II Conferencia Episcopado Latinoamericano*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Escuela Bíblica de Jerusalén. (2009). *Biblia de Jerusalén*. Desclée De Brouwer.
- Esponera, A. (2012). *Teología y reforma de la Iglesia. En el IV centenario de la muerte de San Juan de Rivera*. Facultad de Teología San Vicente Ferrer.
- Federación Luterana Mundial [FLM]. (2023). *Asamblea. Un cuerpo, un espíritu, una esperanza*. <https://2023.lwfassembly.org/es>
- Gibellini, R. (1998). *La teología del siglo XX*. Sal Terrae.
- Juan Pablo II. (1989). *Constitución apostólica Pastor bonus*. Ciudad del Vaticano.
- Juan Pablo II. (1995). *Carta encíclica Ut unum sint sobre el empeño ecuménico*. Ciudad del Vaticano.
- Kasper, W. (2004). *El diálogo ecuménico actual: situación y perspectivas. Culturas, religiones e iglesias: desafíos de la teología contemporánea*. Universidad Católica de Córdoba.
- Kasper, W. (2007). *Ecumenismo Espiritual: una guía práctica*. CLIE.
- Kasper, W. (2014). *Caminos hacia la unidad de los cristianos*. Sal Terrae.
- Kasper, W. (2016). *La unidad en Jesucristo*. Sal Terrae.
- Kasper, W. (2016). *Martin Lutero, una perspectiva ecuménica*. Sal Terrae.
- Küng, H. (1962). *El Concilio y la unión de los cristianos*. Herder.
- Madrigal, S. (2009). *Yves Congar (1904-1995): Un retrato teológico*. Universidad Pontificia Comillas.
- Molina, D. (2010). Benedicto XVI y el ecumenismo. *Revista Proyección. Teología y mundo actual*.
- Pablo VI. (1964). *Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*. Ciudad del Vaticano.
- Pablo VI. (1964). *Concilio Vaticano II, Decreto Unitatis Redintegratio sobre el ecumenismo*. Ciudad del Vaticano.
- Pio XI. (1928). *Carta encíclica Mortalium animos. Sobre la defensa de la verdad revelada por Jesús*. Ciudad del Vaticano.
- Polanco, R. (2017). El Papa Francisco y el ecumenismo de camino. *Revista Medellín*, 43(169).

- Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. (2020). *Vademécum ecuménico. El obispo y la unidad de los cristianos*. Ciudad del Vaticano.
- Ratzinger, J. (2000). *Declaración Dominus Iesus sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la iglesia*. Sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe.
- Villar, J. (1996). El decreto conciliar sobre ecumenismo y la encíclica Ut Unum Sint. *Revista Scripta Theologica*, 28.
- World Council of Churches [WCC]. (s.f.). *Comienza en Edimburgo la Conferencia Mundial sobre Misión*. <https://www.oikoumene.org/es/news/comienza-en-edimburgo-la-conferencia-mundial-sobre-mision>